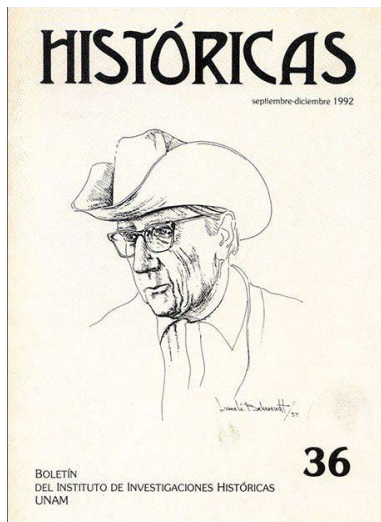




Artículo: Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)

Autor(es): Mayer González, Alicia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 36

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Mayer González, Alicia. "Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 36 (1992): p. 11 -16. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3803>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)

Alicia Mayer

Con un sugerente título, "Espíritu y vida en claro",¹ evoca Juan A. Ortega y Medina su largo caminar por la vida, pero cosa harto significativa, él empieza el recuento vital a partir de su llegada a México en 1941, dejando tras de sí difíciles y aciagos años de guerra civil (1936-1939) en los que se vio envuelta su querida y siempre recordada patria, España. Y es que, para los exiliados, nuestro país se tornó en una nueva y quizás única posibilidad de existencia, en un escenario donde se volvería a empezar, allí donde debería ocurrir un nuevo nacimiento espiritual.

Poco imaginaba aquel joven artillero del ejército republicano español que tras el destierro se abriría, ya en suelo mexicano, una novedosa y prometedora esperanza de vida fincada en el quehacer intelectual, en satisfacciones docentes, en honores académicos y cariños familiares y fraternales. Un mérito singular tuvo que llevar a cabo este hombre para superar las miserias de la niñez y los años adolescentes y completar una brillante carrera como historiador. Juan A. Ortega y Medina nació un 10 de agosto de 1913 en Málaga, donde también cursó sus primeros estudios, pero fue en México donde se formó profesionalmente y emergió como uno de los profesores universitarios más respetados y admirados por la comunidad de nuestra máxima casa de estudios.

Fue precisamente en la Universidad Nacional Autónoma de México donde se vieron converger distintos caminos y de lejana procedencia, el de los refugiados españoles y el de los alumnos mexicanos. Se ha dicho con justa razón que el ideal de todo pupilo que ingresa a la facultad para iniciar sus estudios es llegar a formarse en la escuela de algún notable profesor. A la vez, es el mentor el que forma vocaciones por convicción, con desinteresada generosidad y amor profesional. Así, tal como lo expresó innumerables veces el maestro Ortega y Medina, la fórmula bukhardiana

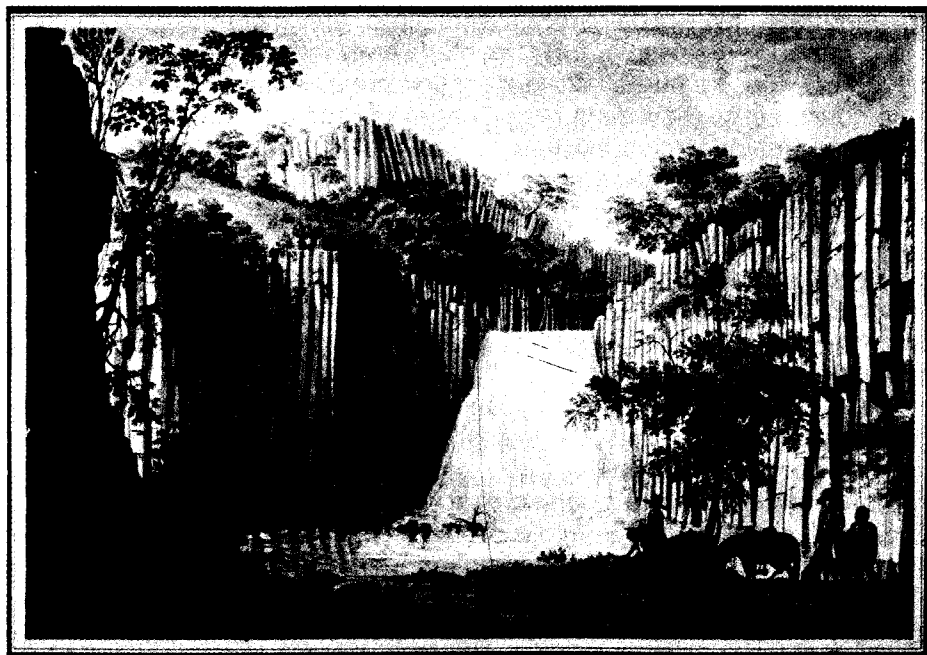
¹ Esta breve semblanza fue pensada como presentación a una pequeña autobiografía que escribió Juan A. Ortega y Medina titulada "Espíritu y vida en claro", que leyó el 15 de mayo de 1987 al serle otorgado el emeritazgo y con motivo del día del maestro. Ahora se incluye en este número de *Historias* como un homenaje.

del "eros pedagógico", el *leitmotiv* de toda actividad docente, cristalizaba, y con ello, asimismo, se cumplía la reciprocidad en el proceso de la enseñanza y el aprendizaje.

Conocí a Juan A. Ortega y Medina hace ocho años. Era un primer día de cursos y jóvenes estudiantes llenaban una de las grandes aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Puntualmente apareció el maestro. Era un hombre de gran prestancia y edad avanzada, alto, muy erguido, bien vestido. Su rostro era impasible y serio. Era una figura imponente y respetable. Llevaba entre los dedos un cigarrillo que al terminarse solía ser sustituido inmediatamente por otro, mientras que en el brazo izquierdo cargaba un portafolio. Al caminar, derecho y con la cabeza en alto, dejaba a su paso un agradable aroma a loción. Aquel profesor se sentó y, guardando su distancia, sin demora nos introdujo a la historiografía. Lo vimos entrar por aquella puerta, siempre puntual, durante todo el año, por muchos años. ¡Cuántas generaciones atrás habrán tenido la misma experiencia!

Juan A. Ortega y Medina fue maestro ante todo. Impartió cursos formativos y permaneció dando clase en la licenciatura hasta 1989, cuando por motivos de salud tuvo que elegir quedarse con un reducido grupo de alumnos de posgrado. Recibió estudiantes de este nivel hasta el día de su muerte, el 4 de julio de 1992. Más de treinta años los dedicó con tenacidad y entrega a impartir Historia de España, Didáctica de la Historia, Reforma y Contrarreforma, Absolutismo Europeo, Historiografía General e Historiografía Mexicana en el siglo xix. Su afán fue siempre alentar a los jóvenes aprendices a no dar la espalda a temas históricos que no fuesen estrictamente nacionales, sino profundizar en la historia universal, a conocer fenómenos generales y movimientos que propician los cambios. El maestro dirigió más de cincuenta tesis. En 1991 le fue otorgado el Premio Universidad Nacional en el área de docencia y un año más tarde el Premio Nacional por sus méritos académicos.

A la vez, Ortega y Medina fue un incansable investigador. Demandaba mucho de sí mismo y se entregaba por completo a responder a inquietudes personales. Cuando el requerimiento no era satisfecho, a menudo trasnochaba, y para racionalizar esta autoexigencia, frecuentaba a la familia o a los amigos. Gustaba de la compañía, la reunión con amistades y disfrutaba de la vida y del buen comer. Escuchaba música popular malagueña, especialmente los villancicos en la víspera de Nochebuena y solía oírlos a todo volumen. Era frecuente que, al visitarlo, no respondiera, al no escucharse el timbre. Es difícil retratar a un hombre sólo a partir de sus logros académicos. Quienes lo conocieron recuerdan ahora a un ser cabal, sabio, equilibrado y modesto en su trato. En los primeros contactos daba la impresión de ser difícil acercarse a Juan A. Ortega y Medina; parecía esquivo y reservado. Pero él tenía la amistad en alta estima y era, sobre todo, leal a los amigos. En su círculo incluía lo mismo a colegas renombrados



que a discípulos atraídos por la autoridad paternalista del viejo y comprensivo profesor. Fue un espíritu sensible que superó el dolor del pasado y combinó en su carácter una dignidad sobria y un cierto resabio de melancolía. Un buen amigo suyo lo definió como "el andaluz triste, el andaluz mexicano".

Éste fue el hombre que hizo un legado importante a la historiografía mexicana. Títulos como *México en la conciencia anglosajona* (1953), *Humboldt desde México* (1960), *Historiografía soviética americanista* (1961), *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (1970), *Destino manifiesto* (1972), *Estudios de tema mexicano* (1973), *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976), *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980), *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1981), *Zaguán abierto al México republicano* (1987), *Imagología del bueno y del mal salvaje* (1987), *La idea colombina del descubrimiento desde México* (1988), *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann* (1992), reflejan el tiempo dedicado, casi ininterrumpidamente, a la investigación. Además aumentaría la lista la serie de artículos, ensayos y recensiones que legó el insigne maestro a la disciplina histórica.

Cuando el estudioso se acerca a la obra de Ortega y Medina no cae en una angustiada dispersión. Los temas tienen una extraordinaria concordancia, una profunda relación entre sí. Existe, pues, una armonía temáti-

ca, aunque a simple vista parezca ser distinto. El hilo conductor está dado por la metodología misma, fundamentada en la historia de las ideas como eje rector, y por los puntos de interés que siempre mostró este historiador, quien buscó el sentido de la historia al mismo tiempo que inquirió por el significado de su propia existencia. Para él, "sobre toda infraestructura presionan y ejercen sus fuerzas no sólo los elementos materiales, sino también los imponderables idealistas o superestructurales. . ."²

El pensamiento mismo de Juan A. Ortega y Medina es una síntesis dada por la coyuntura cultural que vivió nuestro país a raíz de la llegada de los hispanos transterrados. Es decir, en él convergen dos formas o tradiciones para entender y explicar la historia, la de aquende y la de allende el Atlántico. Los temas que manejó constituyen la verdadera fuente para conocer el esquema dialéctico hispano-mexicano al que nos hemos referido. La integración se manifiesta en sus trabajos, en los cuales también se exterioriza un afán por hacer que los lectores o estudiosos de la disciplina histórica comprendan la íntima relación entre la historia de España y la de México. Él advirtió alguna vez que "si verdaderamente intentamos aprehender el dramático proceso de nuestra historia moderna y contemporánea, ya en el caso particular de México o en el general de Hispanoamérica, tendremos que recurrir a las claves de la historia moderna española".³

El estudio de la historiografía mexicana permitió a Ortega y Medina conocer los elementos constitutivos de esta nación, su gente y su experiencia pasada, más bien le reveló una amplitud de cosas que tal vez no sospechó. Descubrió lo que los mexicanos pensaban de España y de los lazos históricos que mantenían ambos pueblos desde la época colonial. La primera clave interpretativa saltó a la luz cuando descubrió que la esencia de lo mexicano descansaba en el mestizaje, pero la tendencia casi generalizada en este país había sido considerar los tres siglos de colonia como algo negativo. Gran parte de los escritos de Juan A. Ortega y Medina se centran en insistir que resulta dañino y peligroso negar una parte de lo que nos constituye históricamente, a saber, la mitad de sangre y cultura españolas que los mexicanos llevan auestas en su fenotipo espiritual. En suma, nuestro autor se sintió obligado a desterrar la postura equivocada que insiste en ver el legado colonial español como una herencia nefanda y ruinosa para México.

Esta aproximación, que empezó como una inclinación personal, vital, existencial, se transmitió gradualmente a los discípulos del maestro, que, como mexicanos la mayor parte de ellos, han trabajado la historia con una perspectiva más amplia, más universal y han asimilado que, para entender lo mexicano, debe uno acudir al pasado, no sólo precolombino, sino no-

² Juan A. Ortega y Medina, "Prólogo", *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981, p. 11-12.

³ *Ibid.*, p. 9.

vohispano, en busca de las raíces propias "nacionales" que están presentes a lo largo de su desarrollo. Antes de partir para siempre, el 4 de julio, Ortega y Medina dejó anunciado un amplio proyecto que él había ideado años atrás, pero que, por extenso, sabía que no podía llegar a realizarlo solo. Se trataba de llevar a cabo una historia de la historiografía mexicana. Afortunadamente, esa labor ha sido aquilatada y los investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y de otras dependencias han acogido con entusiasmo la tarea de concluir ese sueño con el que el historiador malagueño quiso tributar a México, a manera de agradecimiento, por haberlo acogido como hijo adoptivo.

Juan A. Ortega y Medina no sólo profundizó en temas de historia e historiadores mexicanos. También analizó y tradujo con gran maestría y exactitud textos extranjeros de autores como Humboldt, Ranke, Winckelmann y Prescott, que de esta manera llegaron a las capas universitarias. En la historiografía encontró Ortega y Medina "un extenso e inmenso campo creativo". Su objetivo fue buscar el punto de partida y las raíces teóricas, religiosas, filosóficas y metodológicas de la idea y el método de la historia de distintos escritores, que además logró tratar con profundidad dado su gran manejo de distintos idiomas.

Otra fuente de preocupación orteguiana se orientó a descifrar los valores de la cultura hispana frente a su oponente, el modo de ser anglosajón. Él descubrió que en esas dos esencias descansaba mucha de la explicación del distinto desenvolvimiento histórico que el Occidente ha experimentado desde el siglo xv, e incluso antes. Quizá el rasgo más disparado entre ambos mundos esté condicionado por la ética de cada pueblo, a su vez determinada por el tipo de religiosidad de ambos grupos, es decir, el católico y el protestante. El esfuerzo comprensivo tiene como antecedente la sugerencia que hace Edmundo O'Gorman en múltiples ocasiones en sus obras, sobre la diferencia entre las dos Américas. Pero en ello, sin duda, también operó la observación misma que llevó a cabo el propio Ortega y Medina de los prejuicios y hondas divergencias que operan aún hoy entre ambas culturas. De aquí partió seguramente la inquietud orteguiana para comprender los orígenes de los problemas que se remontan siglos atrás.

No podemos terminar esta breve semblanza sin mencionar otro elemento que agotó Ortega y Medina: el tema del indio. La imagen de estos seres resulta alejada y extraña al europeo, desde los primeros contactos a raíz de la expedición colombina. Quizá también operó este mismo fenómeno de asombro en este historiador andaluz en 1941, ante la nueva y sorprendente realidad mexicana, pero él percibió la presencia cultural, biológica y espiritual del indio en América y se concentró en buscar las razones por las cuales las raíces autóctonas habían perdurado en México y, en cambio, habían desaparecido en otras zonas del continente. Basta revisar sus

conclusiones en *La evangelización puritana en Norteamérica* y en *Imagología del bueno y del mal salvaje*. No es casualidad que los habitantes originales de este hemisferio hayan captado tan hondamente la atención de más de un historiador proveniente del exilio.

Por último, podemos hacernos una interrogante: ¿cómo conocer a Ortega y Medina, cómo profundizar en su íntima conciencia, cómo descubrir al hombre, al historiador? Sin duda, cada uno de los que enriquezcan este volumen de *Históricas* tendrá cosas que decir sobre su experiencia como alumno, colega o amigo con el maestro, y además, con fundamento. Para mí, Ortega y Medina tardó toda su vida en buscar cómo resolver su hispanidad, que conformó la construcción espiritual de su persona en los años juveniles formativos, mas al mismo tiempo él trató de comprender los elementos distintivos que le fueron legados por su patria de adopción. Éstos son los dos extremos temáticos de su obra: España y México, que por el hecho de ser extremos se tocan y se complementan como herederos de la vieja tradición cristiano-católica. Así se explica el profundo interés de este historiador por estudiar los valores, la cultura, la religiosidad, la ética y la visión del mundo hispánicos, mientras que por medio de la historiografía y del análisis de autores mexicanos como Bustamante, Alamán, Zavala, Larraínzar y otros se le reveló, asimismo, la singularidad y esencia de lo nuestro, lo mexicano. Sin duda, por su modo de interpretar la historia, siempre dialéctico, podemos llamarle el gran conciliador de la historiografía nacional.